

Ser mujer en El Salvador: sexualidad y estrategias de vida entre adolescentes que viven en territorios controlados por maras

Edith Yesenia Peña Sánchez y Mónica Paola Zúniga Escobar
Dirección de Antropología Física, INAH

Resumen

En las últimas tres décadas, las maras y las pandillas en Centroamérica se han convertido en uno de los principales temas de interés de las ciencias sociales. Esto ha permitido indagar acerca de sus orígenes y explicar cómo funcionan, cómo se estructuran, el rol que desempeñan y qué influencia tienen dentro de la sociedad, debido a los niveles de violencia que generan, y que funciona como detonante de cambios en la vida social, específicamente en la forma en que algunas mujeres salvadoreñas se asocian a dichas organizaciones para mejorar sus condiciones de vida y estatus social. Por ello, en este trabajo se presentan los resultados preliminares de una investigación con enfoque sociocultural y metodología etnográfica, en la que se aplicó una entrevista semiestructurada y minuciosa a cuatro mujeres adolescentes que viven en territorios controlados por la Mara Salvatrucha (MS13) en San Salvador, para hacer un análisis de sus narrativas. El propósito es contextualizar el sentido del ser mujer y la experiencia del cuerpo y la sexualidad de las adolescentes, poniendo especial atención a los conocimientos tradicionales que tienen de la sexualidad frente a las transformaciones que se dan por la dinámica de vivir en territorios controlados por pandillas y que las llevan a generar estrategias de supervivencia, entre ellas la movilidad de sus lugares de origen, relaciones sexuales, embarazo, maternidad temprana y la incorporación a estos grupos.

Palabras clave: sexualidad, pandillas, embarazo temprano, maras.

Abstract

In the last three decades, the Maras and the gangs in Central America have become in one of the main issues of interest in social sciences. This allowed to do research about their origins and explain how they function, how they are structured, the

role they play and their influence within society, due to the levels of violence they generate, working as a generator of changes in social life, specifically in the way some Salvadoran women associate themselves to these groups in order to improve their life conditions and social status. Therefore, this article presents the preliminary results of a research job with a sociocultural approach and an ethnographic methodology, where a semi-structured interview was applied to a 4 adolescent women living in areas controlled by Mara Salvatrucha (MS13) in San Salvador for analysis of their narratives. It was our purpose to contextualize the meaning of being a woman and the experience of the body and the sexuality of adolescents, paying special attention to the traditional knowledge they have about sexuality before the changes generated due to the dynamics of living in gang-controlled territories, which lead them to generate survival strategies, among them: the mobility from their places of origin, sexual relations, early pregnancy and early motherhood and their integration to these groups.

Key words: sexuality, gangs, early pregnancy, maras.

Contexto histórico: las maras en El Salvador

El Salvador es el país más pequeño del área centroamericana; tiene una población estimada de 5,744,113 de habitantes, de los cuales 3,024,742 son mujeres (Dygestyc, 2007). Pertenece al denominado triángulo de la violencia, al que también pertenecen Honduras y Guatemala, ya que son considerados los países más peligrosos de la región centroamericana. Una vez terminada la guerra civil de El Salvador (1980-1992), la economía salvadoreña comenzó un periodo de rápido crecimiento, lo cual permitió que desde principios de la década de los noventa se impulsaran reformas contenidas en un programa de estabilización y ajuste estructural: con la privatización de la banca se abrió la economía a la competencia externa bajando aranceles y liberando precios (Rivera, 2000). No obstante, y pese a las políticas económicas desarrolladas después de los acuerdos de paz, El Salvador ha sufrido graves procesos de desaceleración y crisis económicas; los índices de pobreza que presenta el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo muestran los grandes contrastes entre El Salvador y otros países de la región (Rivera, 2000).

Sumado a este contexto, el endurecimiento de las leyes migratorias en Estados Unidos y las políticas de criminalización de migrantes y jóvenes centroamericanos pertenecientes a pandillas, aumentaron el número de deportaciones de jóvenes salvadoreños desde ese país, quienes al regresar a El Salvador tuvieron que enfrentarse a un frágil Estado de derecho, a la pobreza y desigualdad socioeconómica, así como a la ausencia de un sistema educativo orientado a las políticas de paz (Cabezas, Gilsanz, Sampayo, 2008). Esto —junto a otros factores de igual importancia— propició la evolución de manera directa y sustancial de un fenómeno del

que ya se escuchaba hablar en esos años y que hoy día es de gran importancia en El Salvador y la región centroamericana: las maras¹ y pandillas.

El origen de las maras en El Salvador no se puede ubicar en una fecha exacta; según algunos investigadores no se cuenta con un registro confiable acerca de los primeros grupos de maras; sin embargo, hay quienes hablan del surgimiento de éstas en las décadas de 1950 y 1960 como una especie de pandillas estudiantiles y grupos de jóvenes que se reunían en las colonias a pasar el tiempo (Cruz y Santacruz, 2001). Por otro lado, se considera que el fenómeno de las maras surge en las grandes urbes estadounidenses, específicamente en las calles de Los Ángeles, integrada por “jóvenes inmigrantes que huyeron de la guerra civil de Centroamérica” (Valenzuela, 2007). Jóvenes que encontraron alternativas de socialización, que encontraron pertenencia, un grupo que los acogió y aceptó en un país que les era totalmente ajeno.

Las maras han ido modificando su accionar en el tiempo; de ser un grupo de jóvenes que compartían su tiempo libre y buscaban formar parte de un grupo, robar carteras, pedir dinero en las esquinas, a lo que hoy día —como plantea Mario Zúñiga (2007: 90)— se considera:

Una expresión de organización social juvenil que ha impactado de forma contundente en la cultura e institucionalidad centroamericana [...] son expresión de una marginalidad histórica, pero además manifiestan de forma fenoménica las exclusiones sociales que padecen las personas jóvenes de nuestra región.

Estrategia teórico metodológica

Es, en este contexto, que iniciamos nuestro trabajo de investigación, cuyo objetivo se centró en conocer, describir y analizar las experiencias de un grupo de mujeres adolescentes que viven en territorios controlados por maras. La metodología de este trabajo se basó en el enfoque cualitativo desde la perspectiva antropológica, en la que se privilegia el trabajo etnográfico y la aplicación de entrevistas semiestructuradas y minuciosas herramientas fundamentales para recuperar las narrativas de mujeres adolescentes, quienes realizaron un ejercicio de memoria en el que se seleccionan eventos significativos, teniendo como ejes cuatro campos a problematizar: género, cuerpo, sexualidad y estrategias de supervivencia, que permitieron reconstruir sus narrativas y triangularlas con otras fuentes documentales. Los testimonios que se presentan fueron extraídos de las entrevistas

¹ Son agrupamientos al estilo de las pandillas, conformados por jóvenes pobres; su nombre significa amigo, gente de uno, gente como uno, nuestra gente. Es una palabra amistosa que antecede a la raza, el *parcero*, el *homie* o la *homegirl*. No obstante la policía relaciona el nombre con la palabra “marabunta”, que alude a la condición depredadora de las hormigas amazónicas que arrasan cuanto encuentran a su paso (Valenzuela, 2007).

Tabla 1. Casos seleccionados para las entrevistas

| <i>Nombre^a</i> | <i>Edad (años)</i> | <i>Escolaridad</i> | <i>Municipio</i> | <i>Integrantes de familia</i> | <i>Relación con pandillas</i> |
|---------------------------|--------------------|--------------------|------------------|-------------------------------|-------------------------------|
| Lili | 15 | Secundaria | Ciudad Delgado | 3 | Ninguna |
| Rosa | 15 | Secundaria | Ciudad Delgado | 5 | Amigos |
| Gaby | 14 | Secundaria | Ciudad Delgado | 4 | Hermanos |
| Ingrid | 14 | Secundaria | Ciudad Delgado | 3 | Primos, pareja y amigos |

^a Se usan seudónimos con el fin de proteger la identidad de las entrevistadas.

que se realizaron (julio de 2012 y octubre de 2013) a un grupo de 14 adolescentes en un centro educativo del municipio de Ciudad Delgado, departamento de San Salvador, las cuales tenían la característica de ser adolescentes de 13 a 17 años de edad que vivían expuestas a violencia generada por pandillas en San Salvador, las cuales se autodefinían como mujeres heterosexuales, que no pertenecían a pandillas y que estaban cursando estudios de secundaria; de ellas destacan cuatro casos de adolescentes que viven en una colonia controlada por la Mara Salvatrucha (MS 13) y que tenían como criterio común una relación con algún miembro de la mara (tabla 1).

Vivir en tierra de nadie, en tierra de maras...

A partir de 2003 la persecución policial, las capturas masivas y arbitrarias que se dan a partir de la política de seguridad, como es el caso de la “Mano Dura”, generaron transformaciones importantes en la imagen del pandillero orientadas a dificultar su fácil identificación, por lo que ahora evitan tatuarse, o lo hacen en lugares poco visibles, y han cambiado su vestimenta, entre otras cosas. De igual forma es importante la expansión territorial que han tenido al verse obligados a reorganizarse y reforzar sus estructuras, el aumento en la ejecución de asesinatos y la crueldad y brutalidad con que cometen los delitos se ha agudizado en los últimos años, así como el acoso a varios sectores específicos de la población, como es el caso del gremio de transportistas públicos, el reclutamiento y acoso hacia adolescentes en escuelas, principalmente públicas, y por supuesto podemos hablar de una violencia directa hacia las mujeres, que va desde el acoso hasta brutales asesinatos:

Mi amiga vivía donde sólo hay mareros; ella me empezó a contar que un bicho de su colonia le mandaba cartas, la buscaba, y a mediados de año él se metió al colegio de nosotras, y entonces ella empezó a andar con él; un día nos prestó su celular y vimos fotos de él haciendo señas de maras y otras ondas, y entonces ella le dijo que ya no quería que fueran novios; él la amenazó de que la iba a matar si no regresaba con él, pero ella no le hizo caso; un día la mandó a golpear y después, como a la semana, como ella no regresó con él, la mataron [...] (Lili).

En 2010 El Salvador se situaba como el país con mayor índice de feminicidios en el mundo, según un informe presentado por el Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA, por sus siglas en inglés) que daba cuenta del estado de la población mundial. Hoy día las maras en El Salvador son consideradas responsables de muchos de los abusos que se cometen hacia las mujeres; han sido numerosos los casos en que se ha condenado a miembros de estos grupos por delitos como violación, secuestro y asesinato de mujeres; sin embargo, son aún más los casos que quedan impunes:

Una joven de 15 años —cuyo padre era un agente policial— sostuvo una relación sentimental con un pandillero de la Mara Salvatrucha en San Miguel, la cual terminó costándole la vida en un violento hecho de sangre. La menor fue una de siete personas asesinadas por las que esta semana se condenó a 14 pandilleros a penas de hasta 60 años de cárcel (*La Página*, 2012).

La violencia contra las mujeres no es un suceso nuevo en El Salvador, sino una realidad que ha sido históricamente invisibilizada. En este sentido, la violencia contra las mujeres por razones de género —hasta llegar a los casos más extremos, el feminicidio— encuentran su registro en diferentes momentos de la historia salvadoreña. Los casos de feminicidios durante el conflicto bélico en la década de 1980 sería una lista inacabable, y la mayoría de ellos fue cometida con violación previa (Urquilla, 2008).

A pesar de las transformaciones en materia legal, la firma de convenios internacionales y la creación de programas dirigidos a mejorar la vida de las mujeres —impulsados después de la revolución feminista de forma superficial— en El Salvador, la violencia es una realidad que se vive a diario.

Cuerpo, género y sexualidad: la línea difusa entre las ventajas y desventajas del ser mujer ...

“¿Qué es ser mujer?, ¿qué sabemos de sexualidad?, ¿cómo y de quién aprendemos lo que es la sexualidad?, ¿higiene y salud sexual?, ¿educación sexual?, ¿enfermedades?, ¿violencia?, ¿bebés?, ¿cómo conocemos nuestro cuerpo?, ¿tenemos miedo de saber cuáles son los cambios que tendré?, ¿ser o no ser virgen?”, son sólo algunas interrogantes que nunca se habían hecho las adolescentes con quienes realizamos la investigación. Sin embargo, hay dudas que no se resuelven en sus contextos, incertidumbres que no se comparten y respuestas que no se revelan. En el caso de los imaginarios sociales que se tienen sobre el ser mujer en este grupo de adolescentes, vemos que, en su mayoría, coinciden en la noción de mujer-esposa-madre-cuidadora, ya que consideran que esas son las características que identifican a las mujeres salvadoreñas.

Pues yo creo que lo que caracteriza a las mujeres es que pueden ser mamás, que pueden tener bebés y cuidarlos y protegerlos de que nada malo les vaya a pasar (Gaby).

La reproducción de los roles de género en que se considera que la mujer es inferior al hombre y, por lo tanto, debe procurar las atenciones y cuidados del hogar, es aprendido por muchas adolescentes, desde su socialización primaria, en la familia:

A mí desde chiquita me ponían a hacer limpieza; aprendí a cocinar desde chiquita y en la casa entre mi mamá y yo tenemos que limpiar, lavar, ordenar todo porque mi hermano no hace nada; él a veces quiere ayudarme, pero mi mamá le dice que no, que él es el niño y que no tiene que hacer nada; a mí eso me cae mal, pero no le puedo ni decir nada; ella no entiende (Lili).

Como veremos más adelante, estos patrones de comportamiento se van interiorizando y normalizando en el discurso de las adolescentes e influyen en la forma en que se enfrentan a diversas situaciones donde consideran que estos roles les pueden permitir acceder a nuevos espacios y asumir un papel dentro de la mara, en el caso específico donde deciden incorporarse a alguna de ellas. Aun cuando podría pensarse que la idea de ser mujer en un grupo como éste representa sólo desventajas y desigualdad, es dentro de esas aparentes desventajas que las adolescentes encuentran las cualidades del ser mujer, es decir, para ellas la capacidad de asumir la responsabilidad de jefas de hogar o madres de familia les representa una posición de poder.

La violencia basada en el género es una expresión de la violencia estructural porque altera la supervivencia, el bienestar, la identidad o la libertad, generando situaciones de peligro físico y emocional para las mujeres. Deviene de la *violencia estructural*, materializada mediante distintas clases de agresión; articula la estructura de poder para mantener la dominación masculina, con el objetivo de reprimir la potencialidad de las mujeres o de reconducir dicha potencialidad hacia determinados ámbitos (la familia, el hogar, la naturaleza, el trabajo), de tal forma que no interfiera en la hegemonía masculina (Munévar y Mena, 2009); pero dicho papel se llega a normalizar e incluso les permite empoderarse a las mujeres en ciertas situaciones y contextos de violencia social, como el de ser novia de un mara. Esta violencia —como la simbólica— es poco reconocida, y para las adolescentes es prácticamente invisible. De acuerdo con Bourdieu (1994: 188): “La violencia simbólica extorsiona sumisiones, que no son percibidas como tales porque se apoyan en expectativas colectivas, creencias inculcadas culturalmente”.

Hablar del cuerpo y la sexualidad en las adolescentes salvadoreñas nos sitúa en un terreno difuso de ventajas y desventajas según la visión de este grupo, ya que tener cuerpo de mujer, ser una mujer, trae muchas implicaciones en zonas donde

la violencia es parte de la cotidianidad, donde el cuerpo puede ser considerado un objeto sexual o una mercancía que puede ayudar a obtener beneficios de las pandillas.

Yo creo que una de las cosas que ponen en riesgo a las mujeres hoy es cómo se arreglan, cómo se visten, porque muchas usan ropa bien provocativa y llaman la atención y los hombres les dicen cosas, y si ellas no les hacen caso los hombres se enojan y pueden hasta violarlas [...].

Las muchachas que son bien bonitas también corren peligro, porque a veces le pueden gustar a un marero, y aunque ella ni quiera tiene que aceptar salir con él, así le pasó a una amiga de mi tía que era bien bonita, rubia y tenía un cuerpo bien bonito (Rosa).

Las adolescentes y jóvenes que muestran unas creencias y actitudes más tradicionales respecto a los roles del ser mujer y estereotipos que se consideran "ideales", es decir, "ser bonitas", presentan un mayor riesgo de encontrarse implicadas en situaciones coercitivas y de violencia (Fuertes *et al.*, 2007).

La sexualidad es —en países como El Salvador— un tema del que no se habla abiertamente, ni en las familias ni en las escuelas, donde la educación sexual se limita a hablar sobre el proceso de reproducción humana o está orientada a generar desinformación y prejuicios en torno a la sexualidad, lo que a su vez genera prácticas de riesgo entre las adolescentes que carecen de un conocimiento sobre los cuidados del cuerpo y las medidas de seguridad que deben tomar no sólo para prevenir embarazos sino para evitar el contagio de enfermedades; respecto a este punto, cabe mencionar que es muy vago el conocimiento que tienen de las enfermedades de transmisión sexual (ETS), e incluso cuando algunas de ellas ya han iniciado una vida sexual nunca han asistido a una consulta con un ginecólogo o alguien que pueda orientarlas sobre cómo llevar una vida sexual responsable.

Peña y Zúñiga (2014) indican que un componente crucial para entender el comportamiento de género y sexual de chicas adolescentes en contexto de violencia social es trabajar las narrativas de las novias de los maras:

El respeto o el temor social, debido a un cambio jerárquico que te da el relacionarte con un marero, es un tema recurrente al hablar sobre los noviazgos en estos grupos, donde hay códigos y normas que cumplir por parte de las "cipotas". Ejemplo de ello es que en el momento en que un marero se relaciona con una mujer, ésta debe de tener claro que no puede entablar ningún tipo de relación afectiva o sexual con un miembro de la mara contraria. Porque no es el hecho de que sólo lo estés engañando a él, sino también a su familia, "la mara". Mismas reglas que deben seguir las *cipotas* cuando un marero termina su relación con ellas. A esto habría de agregar que las *hainas* o novias se sienten respaldadas por un marero y sus *homeboys*, y a la vez limitadas por éstos: dejan de

ser una chica más, ahora son la mujer de uno de ellos y lo serán hasta que esa persona quiera (Peña y Zúñiga, 2014: 2).

Migración: derecho humano o escapatoria

La migración ha sido un proceso que ha estado presente a lo largo de la historia salvadoreña, y son constantes los flujos de personas que deciden migrar; las razones por las que migran, los factores que determinan esta decisión son diversos: desde los que van en búsqueda de nuevas oportunidades económicas, sociales, de formación académica hasta quienes ven la migración como un medio de reunificación familiar, por mencionar sólo algunas. Sin embargo, en los últimos años la migración se ha intensificado no sólo en El Salvador sino también en otros países de la región centroamericana (Honduras y Guatemala), y las causas de ésta han tomado nuevos matices: la violencia generada por las pandillas y el crimen organizado.

Son muchos los casos que día a día se viven en El Salvador de familias que se ven obligadas a abandonar sus lugares de origen como consecuencia de amenazas hechas por miembros de las pandillas, lo cual ha generado dos tipos de migraciones: interna, de un municipio o departamento a otro, y que se da como primera opción, ya que en su mayoría las familias no cuentan con recursos para viajar a otros países; la migración externa tiene como destino principal Estados Unidos y otros países de la región centroamericana, a la cual se suma a un flujo mayor del que ya hemos hablado.

Desde 2007 se estima que 74,449 personas de El Salvador, Guatemala y Honduras solicitaron asilo en Estados Unidos, de los cuales sólo fueron reconocidas 2,250 solicitudes. El Salvador, Guatemala y Honduras se encuentran entre las naciones más frágiles del mundo; sin embargo, son ampliamente ignoradas por las agencias de refugiados que subestiman los abusos y poderes de control de las organizaciones criminales transnacionales, entre ellas los maras y pandillas (Kennedy, 2013).

Al preguntar acerca de las razones principales por las que una familia decide huir de su hogar, la respuesta se reduce principalmente a que han recibido amenazas hacia algún miembro de la familia, con frecuencia por no querer pagar la renta o derecho de piso, no aceptar incorporarse a la pandilla —en el caso de los hombres adolescentes—, no acceder a ser novia o tener relaciones con un miembro de la pandilla o varios —en el caso de las mujeres adolescentes—, o por haber sido testigos de un crimen, tener algún vínculo de amistad o parental con un pandillero.

Al respecto, Peña y Zúñiga (2014) mencionan que algunas adolescentes generan estrategias para salir adelante de la dialéctica seducción-coerción sexual con que algunos maras manipulan, al tratar de decidir en torno de perder la libertad de elegir y a la vez sentir protección del mismo que les asusta.

Algunas generan estrategias para llevar la fiesta en paz: ellas dicen saludarlos, responderles si les preguntan algo, hacerles favores si se los piden, permitir que las acompañen a casa aunque no lo quieran. Al final ellos dicen que están ahí para "cuidarlas", cuidar de la colonia y nunca les pasará nada, y entonces, si llega el momento en que les pidan ser su novia, tendrán que tomar una decisión. Medida que muchas veces no sólo implican sus deseos, hay algo más, está su familia, están sus hermanos (Peña y Zúñiga, 2014: 2).

Gaby tiene un año de haber entrado a estudiar en este colegio; considera que aún no termina de adaptarse a su nuevo colegio, o que el colegio no se adapta a ella. Tiene lo mismo de vivir en la colonia; no le gusta, extraña su antigua casa, la cual visita todos los fines de semana, ya que ahí viven su mamá y sus hermanos mayores; aquí vive con su abuela, una tía y un par de primos. Gaby se tuvo que ir de su antigua colonia porque un día un marero le dijo que si no se acostaba con él, la iba a matar, a ella y a su familia; sin embargo, él no contaba con que los hermanos de Gaby también eran de la misma mara, pero diferente *clica*;² según Gaby, el problema se arregló entre ellos, entre *clicas*:

[...] mi hermano me dijo que fuera a la casa del bicho, donde él me había dicho que me iba a esperar, que él ya había arreglado con el jefe de ellos, y que le iban a dar duro para que no lo volviera a hacer, pero que fuera para ver, porque luego nada más dicen que les van a dar duro y no lo hacen, y cabal, llegué y ahí lo tenían entre todos, pero ya pasó eso (Gaby).

Sin embargo la familia de Gaby optó porque ella se fuera de la colonia; así no tendría contacto con el joven y evitarían problemas. En El Salvador muchas jóvenes no tienen la opción de rechazar este tipo de propuestas; al vivir este tipo de acoso se ven obligadas a aceptar o huir junto con sus familias:

Cuando pasó el problema con ese muchacho que me amenazaba de matarme si no salía con él y mi mamá se enteró, lo primero que dijo es que me iban a mandar para la casa de mi papá, que vive en otra colonia, para que yo ya no lo viera, pero de todos modos yo tenía miedo, porque yo siento que en cualquier lugar me puede encontrar (Lili).

Hoy día la migración se ha convertido en una opción dentro del imaginario de las adolescentes salvadoreñas, y al cuestionarles si consideran que sus colonias son lugares seguros para vivir, la mayoría respondió que no, ya que aseguran que en su colonia hay muchos mareros, que por lo general tienen miedo a salir solas a la calle porque podría pasarles algo, y aunque manifiestan que los mareros

² Una célula de la pandilla, que tiene su propio nombre, sus palabreros y un número muy variable de integrantes.

pocas veces les dicen cosas, el miedo es permanente, ya que de un momento a otro esta situación puede cambiar:

[...] Yo creo que lo mejor sería irnos de aquí todos, irnos del país, porque si sólo me voy yo le pueden hacer algo a mi mami o a mi hermanito; irse, eso es lo que hace toda la gente (Lili).

Anzaldúa (2004) plantea que para las mujeres "el mundo no es un lugar seguro para vivir", como nos manifiestan estas chicas; su mundo no es seguro, siempre a la expectativa, esperando que algo pase, lo peor.

Mi colonia es peligrosa, hay muchos mareros; si la gente deja sus casas varios días ellos llegan y se agarran las cosas; y en las noches es peligroso; no me gusta mi colonia, me gustaría mejor vivir en otro lugar; ya no me siento segura en la calle, tengo miedo [...] (Lili).

Las conductas sexistas de control y dominio, y la ausencia de políticas públicas y programas gubernamentales, así como la ineficacia —y en muchos casos ausencia— de las autoridades policíacas que tienen como función principal brindar seguridad a la población, son condicionantes que propician que hoy en día la migración deje de ser vista como una opción que permite obtener mayores ingresos económicos, y como un derecho humano "al libre tránsito", para convertirse en una escapatória y una forma de salvaguardar la vida de las adolescentes y sus familias.

La migración centroamericana es considerada una verdadera crisis humanitaria (Martínez, 2011); la movilidad obligada de cientos de familias salvadoreñas es muestra de la violencia estructural que se vive en el país, pues debemos considerar que un cambio de esta magnitud representa una modificación en todos los aspectos de la vida familiar; en la mayoría de los casos las familias abandonan —de un día a otro— sus hogares, llevando apenas unas cuantas pertenencias.

Nosotros decidimos salirnos de la finca porque ya no se puede estar tranquilo en esa colonia; cada día se pone más peligroso; ya no puede salir uno tranquilo ni a la tienda. Sólo sacamos la ropa y las camas; dejamos todito lo demás; desde entonces no hemos regresado; dicen que no se han metido a la casa todavía porque a la par está el puesto de la policía, pero no tardan en desmantelarla, como a la casa de mi tío; cuando ellos se fueron de ahí, al mes ya le habían quitado hasta el inodoro (madre de familia, 36 años).

La mara, mi familia...

Se observa que la dinámica de vida de las mujeres que habitan en territorios controlados por pandillas se ve permeada por las condiciones de violencia que

éstas generan; las relaciones directas o indirectas que puedan tener con algún pandillero las llevan a desarrollar ciertas estrategias de vida, entre las cuales se busca incorporarse a las pandillas como forma de conseguir beneficios, entre ellos la seguridad.

En su mayoría las maras están conformadas por jóvenes que pertenecen a barrios y colonias de bajo nivel socioeconómico; la mayoría son hombres y en algunos casos mujeres. Sin embargo, el papel de las mujeres dentro de las maras en muchos casos es considerado como secundario, ya que no es vista como una igual, y su función dentro del grupo se puede limitar al desempeño del trabajo doméstico o como el medio de "satisfacción sexual" de sus compañeros hombres.

Yo me empecé a llevar con ellos porque en las tardes me quedaba sola con mis hermanitos en la casa y llegaban a pedirme agua para tomar, y como a ellos no se les puede negar nada, yo les empecé a hablar; después el jefe de ellos me preguntó un día que si yo sabía cocinar, y yo le dije que sí; después me llevaban cosas para que les hiciera de comer, y a veces también me decían si les lavaba la ropa; tenía yo 11 años (Rosa).

En otros grupos de maras está prohibido el ingreso de mujeres, porque se considera que éstas representan un problema de seguridad para el grupo, pues se les considera más débiles y sentimentales; también creen que es más fácil que abandonen la mara por miedo, porque deciden acompañarse con su pareja sentimental o porque suelen quedar embarazadas.

Yo quería entrar, pero el que era su jefe me decía que no, que yo estaba muy chiquita, y que como era mujer era peor porque algo me podían hacer, y yo no iba a aguantar; él me quería como una hija, y por eso no me dejó (Rosa).

Aun cuando se considera que las maras son grupos fuera de la norma social, que representan un escape para muchos jóvenes que no están de acuerdo con lo socialmente establecido, tanto al interior de la mara con las mareras, así como con las mujeres que no pertenecen al grupo, existe una reproducción del sistema hegemónico, patriarcal, en el que se impone una diferenciación y superioridad de los hombres hacia las mujeres, y sobre todo una reproducción de la violencia. De acuerdo con Anzaldúa (2004), la cultura moldea nuestras creencias, paradigmas dominantes, en los que existen conceptos predefinidos, incuestionables. Los mareros reproducen lo que su cultura les ha enseñado, una cultura que les dice que deben ser fuertes, agresivos, viriles, violentos, y que al mismo tiempo les enseña que la mujer debe estar sometida, anulada, limitada.

Sin embargo, el ingresar a las pandillas ahora es una opción para las mujeres que, como en muchos casos al igual que los hombres, entran por diversos motivos

como el hecho de que encuentran una familia, un grupo que les brinda lo que consideran que no tienen en sus hogares: dinero, comida, ropa, libertad y cariño, pero sobre todo poder y estatus:

Yo quería entrar porque sentía que ellos eran como mi familia; me cuidaban y se preocupaban porque yo tuviera lo que necesitaba; cuando pasó el problema con mi padrastro ellos me apoyaron y dijeron que las cosas no se iban a quedar así; yo me sentía segura con ellos, eran mi familia (Rosa).

Según el informe de Interpeace:

Existen casos de niñas y adolescentes que se incorporan a las pandillas como una manera de escapar de una realidad de violencia y de múltiples carencias económicas en sus hogares. Asimismo, muchas niñas y adolescentes forman parejas a temprana edad y se integran a la mara o pandilla como estrategia para huir de sus propias realidades familiares de hacinamiento y violencia. Buscan un grupo que les ofrezca protección, afecto, recursos e identidad (2013: 20).

Este es el caso de Rosa, quien en su hogar sufría constantes abusos sexuales por parte de su padrastro; ella encontró en la pandilla un consuelo a sus problemas y un medio para escapar y obtener justicia por lo que había sufrido en su hogar.

La decisión de ingresar a una pandilla también estaba motivada por los alcances que se pueden tener al formar parte de la misma; es decir, el cambio de estatus dentro de sus comunidades, escuelas y hogares, ya que las chicas que han ingresado a las pandillas están en proceso de hacerlo o tienen la intención, manifiestan que la gente “respetan y teme” a quienes pertenecen a la pandilla:

A mí me gusta andar vacilando con ellos porque yo sí soy loca; me gusta andar fregando con los bichos y las bichas; pasamos las tardes fregando, salimos a dar la vuelta a la colonia, comemos, bailamos, la pasamos bien al suave; y también porque en el colegio ya es difícil que se metan con uno porque ya saben que no estamos solas pues; las demás nos respetan (Ingrid).

Los mecanismos para que una mujer entre a las pandillas son muy específicos en algunos casos, como en la mara salvatrucha MS13, se pone la condición de que las chicas deben aguantar como los hombres una golpiza de 13 segundos para probar que son valientes y que pueden aguantar cualquier cosa; la otra opción de entrada a la mara es el conocido “trenecito”, en el que las mujeres deben acceder a tener relaciones sexuales con varios integrantes de la pandilla; sin embargo esta acción es mal vista entre los mismos pandilleros, ya que consideran que resta valor

a las mujeres; por último, otra forma de incorporarse es por vínculo familiar o afectivo: ser hermana, prima, hija o novia de un pandillero.

Yo empecé a llevarme con ellos por mis primos; ellos ya tienen rato de andar caminando con la mara, y como yo siempre estaba con ellos, pues también me empezó a gustar; a mí no me pegaron ni me hicieron que me acostara con ninguno de ellos; me conocen desde hace tiempo y me respetan; yo no soy como esas bichas zorras que se acuestan con ellos (Ingrid).

Una vez dentro de la pandillas, los roles que desempeñan las mujeres sigue reproduciendo el sistema patriarcal, ya que las mujeres son las encargadas de los oficios domésticos y de la atención y servicio a los miembros del grupo; hacer limpieza, lavar, cocinar, hacer mandados y cuidar a los niños, aunque también pueden ser designadas para otras labores:

Lo que nos toca hacer es lo que hace cualquier mujer en las casas: hacer oficio, atenderlos bien, y a veces nos mandan a hacer otras cosas; a mí una vez me mandaron a dejar un paquete que según tenía marihuana hasta San Miguel; yo iba asustada de que me fuera a agarrar la policía, pero eso también ayuda a que una se gane el respeto de los demás, porque una tiene huevos de hacerlo (Ingrid).

Al cuestionar a las adolescentes sobre si consideran que entrar a las maras les trae alguna ventaja a su vida o si preferirían no haberlo hecho, plantean:

De todos modos una está expuesta a que algo le pase en este lugar; es tan peligroso que aunque una no ande metida en nada corre riesgo por la policía, por las maras contrarias o por los mismos mareros de la colonia, porque hay algunos que no respetan nada ni a nadie, y ya por lo menos si uno está adentro ya se libra que los de aquí le hagan cosas y ya tiene quien la proteja de los de afuera (Ingrid).

En El Salvador la niñez y la juventud ha sido normalizada y socializada a manos de una adultocracia cuyas representaciones de la realidad se encuentran seriamente distorsionadas y matizadas por el contexto de violencia e inseguridad en el que siempre se han desenvuelto; las nuevas generaciones tampoco se han visto libradas de ser socializadas bajo patrones culturales que privilegian y justifican el uso de la violencia (Cruz y Santacruz, 2001). Esta legitimación de la violencia abona en la reproducción y el desarrollo de conductas que cada vez ponen en mayor desventaja a un gran número de adolescentes que normalizan la violencia y la reconocen como única forma de vida.

Invisibles, religiosas y madres adolescentes...

Las narrativas obtenidas permiten observar que cada vez, a más corta edad, las mujeres comienzan a idear estrategias para sobrellevar la convivencia con las pandillas. Muchas adolescentes que no tienen interés de pertenecer a una pandilla —o la opción de cambiar de lugar de residencia— consideran que hay otras formas en las que se pueden escapar de la atención de las pandillas, formas que no resultan tan atractivas para los pandilleros y que de alguna manera las puede mantener alejadas de la violencia de las calles, aunque esto no permite que ellas se desenvuelvan con la libertad que podrían o que quisieran hacerlo.

Estas estrategias alternativas van desde el cuidado de la vestimenta y su andar por las calles, lugares que se pueden o no frecuentar, y sobre todo qué amistades se pueden tener o no, y en muchos casos no existir; es decir, llamar la atención lo menos posible, y en muchos casos mantenerse encerradas en sus casas, y aunque la mayoría de las chicas entrevistadas plantean que se sienten incómodas teniendo que hacer o dejar de hacer este tipo de cosas, pues nunca han tenido ningún problema con las maras, y no comprenden por qué la necesidad de tomar tantas precauciones, consideran que no tienen otras opciones, ya que es lo que sus familias consideran lo más adecuado.

Tengo que pedirle permiso para salir con alguien, para que ella [su mamá] vaya conmigo, no porque tenga desconfianza de mí, sino que le da miedo. No me dejan salir sola nunca (Rosa).

Mi mami me deja ponerme short o falda cuando estoy aquí en la casa o cuando salgo con ella, pero vamos en carro; si voy a la tienda que está aquí cerquita me tengo que poner pantalones: dice que es para que no me vaya a pasar nada (Lili).

Es necesario recordar que este tipo de acciones legitiman la violencia que sobre la mujer se comete, mostrando una vez más que —como dicen las consignas feministas— se enseña a las mujeres a cuidarse de no ser violadas, en lugar de enseñarles a los hombres a no violarlas. De igual forma el estigma que se ha generado alrededor de las pandillas es un factor que limita y pone en riesgo a las adolescentes, que deben comportarse y tener una apariencia considerada respetable dentro de la sociedad:

Si uno trae aritos o tatuajes, ya dicen que uno es marera; a mí me gustan algunos, pero por eso no me los hago; la gente siempre piensa mal; a veces que salimos con las bichas y vamos en el bus, algunas traen aritos en la nariz o la lengua; la gente se nos queda viendo porque ellas empiezan a hablar y dicen malas palabras, y por eso ya dicen que somos de la mara (Gaby).

Por otro lado, han encontrado en la religión otro medio de escapatoria para muchas familias salvadoreñas, ya que la incorporación a iglesias cristianas representa una garantía de que esa familia “no se mete en problemas”, porque se tiene la idea de que entre los grupos de pandilleros existe un gran respeto a los grupos religiosos.

Cuando vinimos a vivir a esta colonia, y después de todos los problemas que pasamos con mi padrastro y los bicho de la otra colonia, lo primero que hizo mi mami fue buscar la iglesia, y desde entonces siempre vamos al culto; tenemos que ir todos, y por lo mismo de la iglesia a mí y a mi hermana no nos dejan vestirnos con pantalones porque dicen que eso no está bien, y mi mami dice que así evitamos problemas con los bichos, porque ellos ven que uno no es una loca, que no va a andar fregando con ellos (Rosa).

En última instancia, queremos plantear una estrategia de vida que las adolescentes salvadoreñas están tomando para poder desarrollarse de manera “segura”, pues si bien no hay cifras que puedan darnos un panorama más preciso sobre este fenómeno, la consideración del embarazo adolescente o embarazo precoz, utilizado por las adolescentes y jóvenes mujeres para dejar de correr riesgos dentro de estas comunidades, es un hecho que se ha logrado visualizar y en el que tendremos que profundizar.

Pues yo creo que acompañarme y tener un bebé podría ser una opción para que no me hicieran nada, porque si una está acompañada y ya la ven con todo y los hijos, como que una ya no se les hace interesante, pues ya no es lo mismo que una bicha que está sola, sin responsabilidades y bonita (Gaby).

Los bichos ellos mismos dicen que una bicha ya con hijos no les gusta porque ya están usadas, y aparte pues es una responsabilidad, porque luego estar criando hijos de otros es un problema (Ingrid).

En El Salvador, del total de partos atendidos en 2012 por el Ministerio de Salud (Minsal) 25.068 fueron de niñas entre 10 y 19 años. Según la UNFPA, entre las causas de los embarazos en niñas y adolescentes están la desigualdad de género, los obstáculos en el acceso al ejercicio de los derechos humanos, la pobreza, el matrimonio infantil o la unión temprana y las uniones forzadas, además de que el embarazo en una adolescente es un factor que trunca una etapa de su vida obligándola a vivir como una mujer adulta (Mora, 2013).

Si bien es cierto que en El Salvador la mayoría de embarazos en adolescentes también están relacionados con la violencia sexual, ya que en 2010 del total de mujeres salvadoreñas víctimas de violencia sexual 84% fueron niñas y adolescen-

tes menores de 20 años, y 16% menores de 10 años, según datos de la ONU, de las cuales muchas resultaron con embarazos no planificados ni deseados. Sin embargo, debemos de prestar atención a estos nuevos datos debido a que podría ser una estrategia que va en aumento, ya que el embarazo adolescente puede representar una solución inmediata a un problema de violencia, pero sin duda generará como consecuencia mayores problemas, ya que estamos ante un panorama de violencia estructural y simbólica que ha sido normalizado incluso por la mujer y enmascarada porque no se revela estadísticamente sino a través de la subjetividad de la experiencia de vida de las adolescentes salvadoreñas que viven en territorios controlados por maras.

Conclusiones

Los testimonios de las adolescentes nos han sumergido en un entramado de historias de las que emerge la visión contemporánea que presentan las mujeres, y donde podemos observar la forma en que enfrentan la situación de vivir en un contexto de violencia sexual es diferente de acuerdo con las condiciones de vida y particularidades de cada una. Así como el papel de los padres en el momento de tomar decisiones en contextos de riesgo, de igual forma las decisiones que asumen y las estrategias de vida se ven influidas por el tipo de relación que puedan tener con algún integrante de las maras, el grado de cercanía que tengan hacia estos grupos —que les permite conocer de manera más profunda las dinámicas de las maras, y en la mayoría de los casos puede resultar atractivo, sobre todo en los casos donde tienen familiares o una pareja sentimental dentro de una pandilla— que por tanto justifican y ven como positivas las acciones de las pandillas, como grupos que representan la imagen de amistad y hermandad que se busca en la adolescencia. Sin embargo, existen divergencias en el propio discurso de las adolescentes, pues aunque resulte atractivo conocer de cerca los problemas y los riesgos de pertenecer a una pandilla o tener vínculos cercanos con ellas, a la par se tiene la visión de que las maras son un peligro constante y un obstáculo que limita su pleno desarrollo como mujeres, representación presente en los casos que no tienen relación cercana con ellos o que en algún momento tuvieron, pero fueron alejadas de esos círculos por haber sufrido algún tipo de amenaza a ellas o su familia.

Como es evidente, la dinámica de vivir en territorios donde día a día se genera violencia es una situación que modifica la visión del mundo: al tener la oportunidad de hablar con otros miembros de la familia de estas mujeres —en particular con sus madres— hemos observado que ellas identifican una transformación en lo que tradicionalmente se entendía por el ser mujer, la forma en que se relacionan con otros miembros de la comunidad, la visión de la sexualidad, del cuerpo, los riesgos que representa tener un cuerpo de mujer, que es la primera condicionante de riesgo, y la forma en que las dinámicas familiares se han ido modificando, ya

que el hecho de tener un adolescente hombre o mujer en casa implica estar dentro de un grupo de riesgo en la sociedad, plantearse estrategias, responder a nuevas preguntas, suplir necesidades, ejercer mayor control en una etapa de cambios importantes —tanto físicos como emocionales— representa un doble reto para las familias. Sin duda las adolescentes en su proceso de crecimiento asumen y toman decisiones que serán trascendentales en su vida y la de sus familias: huir, quedarse, formar parte, vivir o morir en muchos casos, decisiones que las acompañarán en el futuro.

No es una tarea sencilla hablar de las causas por las que se violenta de esta forma a las mujeres, o hablar sobre qué hay de trasfondo en las violaciones, torturas, desapariciones que día con día son la nota de los periódicos, hablar de qué hay detrás de esos asesinatos que en comparación con el número de hombres jóvenes asesinados son una minoría, pero que se caracterizan por la brutalidad y el odio con que se realizan. Vaquerano retoma algunos planteamientos de Rita Segato, quien afirma:

[...] en la base de los asesinatos de las mujeres está el patriarcado, ya que forman parte de guerras difusas, en la que la muerte de la mujer o la agresión a su cuerpo no es una muerte instrumental, sino más bien expresiva (Segato, *apud* Vaquerano, 2008: 28).

De acuerdo con Vargas (2008), podríamos decir que en El Salvador estamos frente a una violencia comunicativa donde se intenta demostrar el control de un territorio con un significado espacial, transmitir un mensaje; eso podría explicar la aparición de cadáveres femeninos desmembrados y esparcidos en varios lugares de San Salvador y otros puntos estratégicos del país, y el alto grado de agresividad y brutalidad con que se cometen estos hechos. La muerte de las mujeres, el abuso y la violencia contra ellas pretenden aterrorizar a otras mujeres, e incluso hombres, y secuestrar mediante el terror a comunidades de determinados territorios.

Referencias bibliográficas

- Anzaldúa, G. (2004), "Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan", en *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Madrid, Traficantes de sueños.
- Bourdieu, Pierre y Jean Claude Passeron (1994), "Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica", en Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia.
- Cabezas, R, J. Gilsanz y L. Sampayo (2008), "Cohesión social y educación para la paz: Alternativas de prevención de la violencia infanto-juvenil en El Salvador", en *Revista ciDOB d'Afers Internacionals*, núm. 81, pp. 91-108.

- Cruz, J. y M. Santacruz (2001), "Las maras en El Salvador", en *Maras y pandillas en Centroamérica*, vol. I, Managua, UCA, pp. 15-107.
- Dirección General de Estadísticas y Censos (Digestyc) (2007), VI Censo de Población y V de Vivienda. Población, Vivienda y Hogares. 2007, El Salvador, Digestyc.
- Fondo de Población de Naciones Unidas (FPNU) (2010), *Desde conflictos y crisis hacia la renovación: generaciones de cambio*, en línea [http://www.unfpa.org/swp/2010/web/es/pdf/ES_SOW10.pdf].
- (2012), "Naciones Unidas llama a proteger a las mujeres y a las niñas de la violencia sexual", comunicado de prensa.
- Fuertes Martín, Antonio, Maribel Ramos Vergeles y Andrés A. Fernández Fuertes (2007), "La coerción sexual en las relaciones de los y las adolescentes y jóvenes: naturaleza del problema y estrategias de intervención", en *Apuntes de Psicología*, vol. 25, núm. 3, pp. 341-356.
- Interpeace Regional Office for Latin America (IROLA) (2013), *Violentas y violentadas. Relaciones de género en las maras salvatrucha y Barrio 18 del triangulo norte de Centroamérica*, Guatemala, IROLA.
- Kennedy, E. (2013), "Refugiados de las pandillas centroamericanas", en *Revista de Migraciones Forzadas*, núm. 43, julio, pp. 50-52.
- Martínez, Oscar (2011), *Los migrantes que no importan*, Barcelona, Icaria.
- Mora, G. (2013), "UNFPA: embarazos en adolescentes deben disminuir", en *Diario Digital ContraPunto*, 31 de octubre; en línea [<http://www.contrapunto.com.sv/genero/unfpa-embarazos-en-adolescentes-deben-disminuir>], consultado el 1 de junio de 2014.
- Munévar-Munévar, Dora Inés y Luz Zareth Mena-Ortiz (2009), "Violencia estructural de género", en *Revista de la Facultad de Medicina*, vol. 57, núm. 4.
- La página* (Periódico digital) (2012), "Noviazgo entre hija de policía y pandillero terminó en brutal desenlace", 30 de noviembre, en línea [<http://www.lapagina.com.sv/nacionales/74531/2012/11/30/Noviazgo-entre-hija-de-policia-y-pandillero-termino-en-brutal-desenlace>], consultado el 31 de mayo de 2014.
- Peña Sánchez, E. Y. y M. P. Zúniga Escobar (2014), "¿Salir con un marero?", en *Revista digital Vice*, sección cultura, enero, en línea [http://www.vice.com/es_mx/read/salir-con-un-marero].
- Rivera, R. (2000), *La economía salvadoreña al final del siglo. Desafíos para el futuro*, San Salvador, Flacso.
- Urquilla, J. (2008), "Feminicidio, violencia feminicida. La responsabilidad del Estado salvadoreño en su erradicación", en *Violencia de género contra las mujeres y feminicidio: un reto para el Estado salvadoreño*, San Salvador, Ormusa.
- Valenzuela, J. (2007), "La mara es mi familia", en J. Valenzuela, A. Nateras y R. Reguillo (coords.), *Las maras. Identidades juveniles al límite*, México, UAM Iztapalapa/El Colegio de la Frontera Norte/Casa Juan Pablos.

- Vargas, J. (2008), "Violencia contra las mujeres y medios de comunicación", en *Violencia de género contra las mujeres y feminicidio. Un reto para el Estado salvadoreño*, San Salvador, Ormusa.
- Vaquerano, V. (2008), "Costos sociales y económicos de la violencia de género", en *Violencia de género contra las mujeres y feminicidio. Un reto para el Estado salvadoreño*, San Salvador, Ormusa.
- Zúñiga, M. (2007), "Las maras salvadoreñas como problema de investigación para las ciencias sociales", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol. 33-34, pp. 87-110.